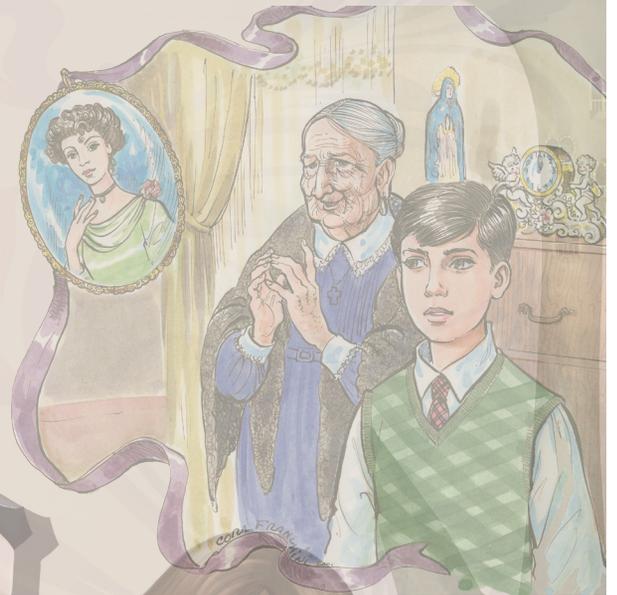


CONTENIDO

6	Satisfacción garantizada	Isaac Asimov
18	El reloj del muerto	Gerardo Murillo, (Dr. Atl)
26	Primer amor	Emilia Pardo Bazán
34	Sobre niños y niñas	Iván Ángelo
40	Las mil y una noches	Anónimo
50	Feliz año	Francisco Monterde
58	Las aventuras del vampiro de Sussex	Arthur Conan Doyle
70	Lanchitas	José María Roa Bárcena
78	El miedo de vivir	C. Schiffer
80	Mirar con nuevos ojos, arriesgarse a algo nuevo	Virginia Satir
86	Yennie	Rosaura Barahona
94	Poesías	Autores varios
100	Los trabajos de Pilara	Wenceslao Fernández Flórez
110	El abanico	Vicente Riva Palacio
116	El médico moreno	Arthur Conan Doyle
128	El tulipán	Ana María Pérez Rocha Malcher
138	Regalo para una novia	Isabel Allende
148	Pan de brujas	William Sydney Porter (O. Henry)
154	El paso de las aceitunas	Lope de Rueda
160	Bibliografía	

- Ciencia-ficción
- Misterio
- Adolescencia
- Infantil
- Fantasía
- Suspenso
- Policiaco
- Misterio
- Reflexión
- Reflexión
- Humorístico
- Amor
- Valores
- Romántico
- Suspenso
- Teatro
- Romántico
- Chusco
- Teatro



PAN *de* brujas

William Sydney Porter (O. Henry)

La señorita Martha Meacham era la propietaria de la pequeña panadería que hay en la esquina (ésta que tiene tres escalones en la puerta y suena la campanilla cuando abres la puerta). La señorita Martha tenía cuarenta años, su cartilla del banco mostraba un saldo de dos mil dólares, poseía dos dientes postizos y un buen corazón. Muchos se han casado teniendo mucho menos que ofrecer.

Dos o tres veces por semana entraba un cliente que comenzaba a despertar su interés. Era un hombre de mediana edad que llevaba gafas y una barba muy castaña muy bien recortada. Hablaba inglés con un fuerte acento alemán. Sus ropas estaban ajadas, zurcidas aquí, arrugadas y dadas de sí allá. Pero parecía un hombre pulcro, y tenía muy buenos modales. Siempre compraba dos hogazas de pan del día anterior. El pan del día costaba cinco centavos la hogaza. Si lo comprabas de día anterior te daban dos por el mismo precio. Nunca había pedido otra cosa que no fuera pan del día anterior.

En una ocasión la señorita Martha vio una mancha roja y marrón en los dedos. Estaba segura de que era un artista, y muy pobre. Sin duda vivía en una buhardilla, donde pintaba un cuadro tras otro y comía pan del día anterior y pensaba en los succulentos manjares que había en la panadería de la señorita Martha. A menudo, cuando la señorita Martha se sentaba a tomarse sus chuletas, sus bollitos con mermelada y su té, suspiraba, y se decía que ojalá aquel artista tan amable pudiera compartir su sabrosa comida en lugar de tener que conformarse con una seca costra de pan en su buhardilla llena de corrientes de aire. La señorita Martha, como ya he dicho, tenía buen corazón.

A fin de comprobar su teoría acerca de aquel hombre, trajo de su habitación un cuadro que había comprado en una subasta, y lo apoyó contra las estanterías que había detrás del mostrador. Representaba una vista de Venecia. En primer plano, delante de las aguas de un canal, se veía un espléndido palazzo (así denominaba al edificio el título



del cuadro) de mármol. Lo demás eran góndolas (con la típica dama abandonando lánguidamente la mano sobre las aguas), nubes, cielo, y mucho claroscuro. Cualquier artista se fijaría en él.

Dos días después entró el cliente.

—Dos hogassass de pan de ayerrr, porr favor. —Y mientras la señorita Martha envolvía el pan, añadió—: Tiene un bonito cuadro, sseñorrita.

—¿Usted cree? —dijo la señorita Martha, regodeándose en su astucia—. Me encanta el arte y —no, no diría “los artistas” tan pronto— la pintura —se corrigió—. ¿Le parece que es un buen cuadro?

—El palacio —dijo el cliente— no ess bien dibujado. La perspectiva resulta falssa. Buenos díass, sseñorrita. Cogió su pan, inclinó la cabeza y salió apresuradamente.



Sí, debía de ser un artista. La señorita Martha cogió el cuadro y lo devolvió a su habitación. ¡Qué amable y considerado había sido el brillo de los ojos del hombre tras sus gafas! ¡Qué ancha era su frente! ¡Ser capaz de juzgar una perspectiva a primera vista... y vivir sólo de pan rancio! Pero cuántas veces no ha de luchar el genio antes de verse reconocido. Cuánto ganarían el arte y la perspectiva si ese genio contara con el apoyo de los dos mil dólares que la señorita Martha tenía en el banco, por no hablar de la panadería y de su buen corazón... Pero eso es soñar despierta, señorita Martha.

Ahora, cada vez que venía aquel cliente, charlaban un poco, uno a cada lado del mostrador. El hombre parecía ansiar las joviales palabras de la señorita Martha. Siguió comprando pan del día anterior. Jamás un pastel, ni una empanada, ni pastas para el té. La señorita Martha se decía que comenzaba a verlo flaco y desanimado. Cuánto deseaba añadir algo más suculento a la magra compra del artista, pero nunca tenía el valor de hacerlo. No se atrevía a ofenderlo. Sabía que los artistas son orgullosos.

La señorita Martha comenzó a ponerse su blusa de seda con topos azules para despachar. En la trastienda preparó un misterioso compuesto de semillas de membrillo y bórax. Era algo que mucha gente usaba para mejorar su tez.

Un día, como siempre, entró el cliente, dejó sus cinco centavos sobre el mostrador y pidió sus dos hogazas de pan del día anterior. Mientras la señorita Martha se disponía a cogerlas, se oyó un estrépito de bocinas y campanas, y un coche de bomberos pasó por delante de la tienda. El cliente corrió hacia la puerta para ver qué ocurría, como haría cualquiera. Con súbita inspiración, la señorita Martha aprovechó su oportunidad. En el estante inferior había una libra de mantequilla fresca que el lechero había dejado no hacía ni diez minutos. Con el cuchillo del pan, la señorita Martha abrió las dos hogazas, insertó una generosa cantidad de mantequilla, y las volvió a cerrar apretándolas con fuerza.

Cuando el cliente se volvió, ella ya las estaba envolviendo. Cuando el hombre se hubo marchado, tras una conversación inusitadamente agradable, la señorita Martha sonrió para sí y no sin una leve emoción. ¿Había sido demasiado atrevida? ¿Se ofendería él? Probablemente no. Lo que acababa de hacer no daba a entender nada. La mantequilla no era ningún emblema de osadía ni falta de recato.

Pasó casi todo el día pensando en aquello. Imaginaba la escena en que él descubría su pequeño engaño. El artista dejaba sus pinceles y su paleta. Ante él estaba el caballete con el cuadro que estaba pintando, en el que la perspectiva era irreprochable. Se disponía a engullir su colación de pan seco y agua. Cortaba una rebanada y... ¡ah!

La campanilla de la puerta de la tienda sonó con estrépito. Alguien entraba haciendo mucho ruido. La señorita Martha acudió a toda prisa y se encontró con dos hombres. Uno era joven y fumaba en pipa: jamás lo había visto. El otro era su artista. Ahora tenía la cara muy roja, llevaba el sombrero sobre la coronilla y se le veía el pelo muy alborotado. Apretaba los dos puños y con ellos amenazaba a la señorita Martha. *A la señorita Martha.*

—*Dummkopf!* —gritó a todo pulmón. Y añadió—: *Tausendonfer!*
—O algo en alemán.

El joven intentaba llevarse. —No me iré —dijo, colérico— sin decírselo.

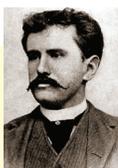
Aporreó el mostrador de la señorita Martha como si fuera un bombo. —Me ha destrozado —gritó; sus ojos echaban fuego tras sus gafas—. Sse lo diré. ¡Ha ssido usted *una entrometida!*

La señorita Martha se apoyó levemente contra los estantes y puso una mano sobre su blusa de seda y topos azules. El joven agarró al otro hombre por el cuello de la chaqueta. —Vamos —le dijo—, ya ha dicho bastante. —Arrastró al colérico individuo hacia la puerta, luego hacia la acera, y a continuación regresó.

—Supongo, señora —dijo—, que debo explicarle a qué obedece todo este alboroto. Ese hombre se llama Blumberger. Es delineante. Trabajo en el mismo despacho que él. Lleva tres meses trabajando en un plano para el nuevo ayuntamiento. Se había convocado un concurso. Ayer acabó de pasarlo a tinta. Ya sabe que los dibujantes primero lo hacen todo a lápiz. Cuando acaban borran las líneas a lápiz con trozos de corteza de pan seco. Es mejor que la goma de borrar. Ayer Blumberger compró el pan aquí. Y bueno, hoy..., en fin, ya sabe, señora, la mantequilla no es... En resumidas cuentas, que el plano de Blumberger ya no sirve más que para hacer bocadillos, y no muy buenos.

La señorita Martha se dirigió a la trastienda. Se quitó la blusa de seda con topos azules y se puso la vieja, de sarga marrón, que solía llevar antes. A continuación vertió la mezcla de semillas de membrillo y bórax por la ventana, en la basura.

O. Henry, "Pan de brujas", en Bloom, Harold (recopilador), *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 463-467.



William Sydney Porter, O. Henry
(1862-1910)

Nació en Greensbor, North Carolina. Los asuntos que desarrolla en sus cuentos se sitúan en hechos intrascendentes del diario vivir, en las debilidades de la naturaleza humana, en la vida de gentes comunes. En general todos tienen un final sorpresivo que surge por una serie de coincidencias. Uno de sus temas favoritos es la fuerza del destino como algo que no se puede separar de la realidad de la vida.

Lo que dicen las palabras



1. Subrayen la opción que contenga el sinónimo adecuado de la palabra resaltada.

Las ropas de un cliente de Martha Meacham estaban **ajadas**.

- a) marchitas b) humilladas c) deslucidas

El cliente parecía un hombre **pulcro**, y tenía muy buenos modales.

- a) recto b) atildado c) hermoso

Siempre compraba dos **hogazas** del día anterior.

- a) libretas b) panes c) barras de mantequilla

La señorita Martha vio una mancha roja y **marrón** en los dedos de su cliente.

- a) cobrizo b) parda c) azul

Sin duda vivía en una **buhardilla**, donde pintaba un cuadro tras otro.

- a) desván b) sotabanco c) sótano

Martha trajo de su habitación un cuadro que había comprado en una **subasta**.

- a) remate b) venta de garage c) plaza comercial

Lo demás eran **góndolas** (con la típica dama abandonando lánguidamente la mano sobre las aguas), nubes, cielo, y mucho claroscuro.

- a) golondrinas b) barcas c) autobuses

En la trastienda preparó un misterioso compuesto de semillas de membrillo y **bórax**.

- a) droga b) sal blanca c) medicamento

Se disponía a **engullir** su colación de pan seco y agua. Cortaba una rebanada y... ¡ah!

- a) zampar b) comer c) enharinar

Ese hombre se llama Blumberger. Es **delineante**.

- a) dibujante b) agente c) estilista

La señorita Martha se puso su vieja blusa, de **sarga** marrón, que solía llevar antes.

- a) tela b) lienzo c) arbusto

¿De qué se trató?



1. De acuerdo con la lectura, elijan la opción que contenga la respuesta correcta.

La señorita Martha Meacham era

- a) la propietaria de una pequeña panadería.
b) empleada de una recaudería.

La señorita Martha Meacham

- a) no tenía buenos sentimientos.
b) tenía una situación económica holgada.

El cliente que despertó el interés de Martha

- a) era un hombre de mediana edad que llevaba gafas y una barba muy castaña muy bien recortada.
b) hablaba francés con un fuerte acento alemán.

El cliente que despertó el interés de Martha

- a) siempre compraba pan del día.
- b) siempre compraba pan de un día anterior.

Ante la pintura que había detrás del mostrador

- a) El cliente mostró poco interés ya que la perspectiva le resultaba falsa.
- b) El cliente quedó maravillado y dijo que el cuadro costaría unos dos mil dólares.

Aprovechando un estrépito de bocinas y campanas, y un coche de bomberos que pasó por delante de la tienda

- a) Martha abrió las dos hogazas, e insertó una generosa cantidad de mantequilla.
- b) Martha aprovechó para componerse su blusa de seda y maquillarse los labios.

La campanilla de la puerta de la tienda sonó con estrépito y

- a) apareció un alemán muy enojado que gritaba a todo pulmón: "¡Ha sido usted *una entrometida!*"
- b) apareció hombre muy calmado que le pidió explicaciones sobre la mantequilla en el pan.



1. Contesta las siguientes preguntas en tu cuaderno:

- a) ¿Por qué crees que se tituló esta historia "Pan de brujas"?
- b) Relee el segundo párrafo y di, ¿en qué consiste la ironía que encierra?
- c) ¿Qué opinas de la acción cometida por Martha?
- d) ¿Cómo juzgas la reacción del delineante?
- e) ¿Qué hubieras hecho tú en el lugar del delineante?

2. Compara tus respuestas con las de otros.

Con esta actividad observarán como un solo adjetivo, sustantivo o frase puede cambiar el sentido de una narración. Trabajen como sigue:



NARRACIÓN AL REVÉS

1. Basándose en el cuento leído, cambien las acciones y las actitudes de los personajes, la descripción del lugar, etcétera. Por ejemplo:

La señorita Martha Meacham era **empleada** de la **enorme** panadería que hay en la **avenida** (ésa que tiene **diez** escalones en la puerta y suena la campanilla cuando **cierras** la puerta). La señorita Martha tenía **veinte** años, su cartilla del banco mostraba un saldo de **dos dólares**, **no** poseía dientes postizos y un **mal** corazón.

2. Escriban su nueva narración, o parte de ella y compártanla con otros equipos. Trabajen en su cuaderno.

